

¿Quiénes sostienen las redes de cuidado cuándo las vulnerabilidades se profundizan? El caso del Barrio Las Dalias de Mar del Plata en el contexto de la crisis provocada por el COVID 19.

Alina Gispert.

Cita:

Alina Gispert (2021). ¿Quiénes sostienen las redes de cuidado cuándo las vulnerabilidades se profundizan? El caso del Barrio Las Dalias de Mar del Plata en el contexto de la crisis provocada por el COVID 19. XIV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-074/185>

¿Quiénes sostienen las redes de cuidado cuándo las vulnerabilidades se profundizan? El caso del Barrio Las Dalias de Mar del Plata en el contexto de la crisis provocada por el COVID 19.

Alina Gispert

1. Una primera aproximación a la problemática

La presente ponencia tiene como objetivo realizar una primera aproximación a **las redes de cuidado desplegadas por las mujeres y hombres del barrio Las Dalias (Mar del Plata) para garantizar la reproducción material y simbólica de la vida de las familias y la comunidad**. La misma está enmarcada en un proyecto de investigación que conducirá a la elaboración de una tesina de licenciatura en la que reconstruiremos y analizaremos las diversas estrategias para el sostenimiento material de la vida desarrolladas de modo comunitario en el barrio Las Dalias de Mar del Plata, en la crisis en el contexto de la pandemia producida por el COVID19. En la ponencia, focalizaremos específicamente en las experiencias de quienes poseen roles organizativos y de referencia en el barrio. Nuestra primera entrada al campo se dió en tres ollas. En dos de ellas,entrevistamos en profundidad a sus referentes y, en la tercera, realizamos observación participante y hablamos con informantes clave. Desde un abordaje con perspectiva de género reconstruiremos sus trayectorias de vida, indagando en sus motivaciones y el proceso que les llevó al lugar que hoy ocupan.

Desde que se decretaron las medidas de aislamiento social y preventivo (ASPO), en marzo del 2020, se transformaron las formas de producción y reproducción de la vida en todo el país. En el aglomerado Mar Del Plata-Batán (ubicado en la provincia de Buenos Aires) con el objetivo de enfrentar diferentes emergencias que nacieron y/o se profundizaron con la pandemia se crearon los Comités Barriales de Emergencia (CBE). Éstos nuclean diferentes actores de la sociedad como la Universidad, Iglesias, Partidos Políticos, Sociedades de Fomento, vecinalistas, etc. Las alertas que atienden son la alimentaria, la de violencia de género, la de violencia institucional, la sanitaria, y una mesa derecho a la ciudad-urbana. Cada una posee diversos ejes de trabajo, sin embargo hay una que cobró mayor relevancia que el resto y es en la que centraremos este trabajo: la alimentaria (Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Argentina, 2020).

Los CBE son, entonces, una herramienta de organización comunitaria. Surgen como iniciativa de un conjunto de organizaciones sociales y políticas con roles en el gobierno nacional y representantes legislativos locales, la mayoría nucleadas en el Frente de Todesk.

En el Partido de General Pueyrredon hay más de treinta funcionando, cada uno en una sede barrial que nuclea uno, dos o tres barrios, dependiendo de su composición. Uno de sus principales objetivos es distribuir recursos y generar redes para sostener y acompañar las medidas sanitarias, y fortalecer las redes de comedores escolares, ollas populares, merenderos (Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Argentina, 2020).

El barrio Parque Las Dalias, queda en el noroeste de la ciudad de Mar del Plata. Ubicado en la parte posterior de la reserva forestal: Parque Camet. Según el primer informe del Impacto territorial de las políticas de articulación local implementadas en el contexto del COVID19 en barrios populares del Partido de General Pueyrredon, Las Dalias está entre los primeros barrios con situación más crítica en cuanto al índice de vulnerabilidad (Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Argentina, 2020). Se entiende como nivel de vulnerabilidad a la capacidad que posee una comunidad para prevenir, reducir o afrontar condiciones negativas internas o externas y a su capacidad (o incapacidad) de adaptarse a los cambios (Wilches Chau 1993, Daga, Zulaica, y Vazquez, 2015). El barrio no posee acceso al gas natural, por lo que la mayoría de las viviendas no poseen una instalación corriente y deben usar garrafas. La mayoría de las calles están sin asfaltar y hay varios microbasurales. Con respecto a otras condiciones de vida de la población en el barrio existe un solo Centro de Atención Primaria de la Salud (CAPS), este nuclea una gran parte de la zona Norte, posee un horario reducido y aparte del mismo no existe ningún espacio sanitario. Por lo que frente a cualquier necesidad de atención de salud después de las 16hs los vecinos deben movilizarse hasta la otra punta de la ciudad que está ubicado el Hospital Interzonal.

En las primeras aproximaciones al barrio Las Dalias pudimos identificar distintas estrategias comunitarias para enfrentar la vulnerabilidad, sostenidas mayoritariamente por mujeres. Si bien el COVID-19 pareciera ser un virus que afecta a todos por igual, quedó evidenciado que posee un impacto diferencial en los sectores más vulnerables ya que las poblaciones que viven en barrios populares se ven a su vez afectadas por la crisis habitacional, la falta de servicios básicos, las situaciones de hacinamiento (Paz Landeira y Gaitán, 2020; Sanchís, 2020, Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Argentina, 2020). En el caso que nos proponemos analizar en esta ponencia, entendemos que si bien mujeres y hombres despliegan estrategias colectivas que les permiten contribuir a la reproducción material de la vida y la resolución de necesidades básicas en el contexto de la crisis económica profundizada por la actual pandemia, sus formas de participación en las redes comunitarias de cuidado están atravesadas por desigualdades de género (Carrasquer, Tornes y Tejero, 1998). Desde este lugar, entendemos a las estrategias como prácticas llevadas a cabo por grupos que viven diferentes grados de exclusión social destinadas a regular situaciones carentes de principios de certidumbre. Frente a la ruptura de lazos sociales y de

seguridades en relación a la satisfacción de necesidades básicas, estos grupos desarrollan todo tipo de estrategias para suplir esas falencias (Rodríguez Enríquez, 2015).

Esta investigación está inscripta dentro de los estudios de género, los cuales pusieron en cuestión la definición del trabajo limitado al trabajo remunerado. Los trabajos domésticos y de cuidados, en gran parte no remunerados, producen un valor para la economía y la sociedad que recién se empieza a medir en algunos países. La mayoría de los trabajos no remunerados, entre ellos el trabajo doméstico, los trabajos de cuidados, el trabajo cooperativo y los trabajos voluntarios (Borderías y Carrasco, 1994, Benería 1999, Pautassi y Zibecchi, 2013; Wanderley 2019), son realizados por mujeres lo que implica una doble jornada laboral para la mayoría de las mujeres trabajadoras (Hochschild, 1989; Wainerman, 2005). Poniendo el foco en la reproducción de la vida, y no del capital, los cuidados son todas las prácticas y actividades necesarias para la supervivencia cotidiana de las personas en la sociedad en la que viven. Esto incluye dimensiones materiales como lo alimentario o medicinas, y elementos emocionales afectivos y de gestión (Rodríguez Enríquez, 2015).

2. El CBE Las Dalías y sus referentes

El CBE de Las Dalías nuclea seis ollas populares, de las cuales cuatro empezaron a organizarse luego de las medidas sanitarias dictadas en marzo del 2020. Como mencionamos anteriormente, nuestra primera entrada al campo se dió en tres ollas nucleadas en el CBE Las Dalías.¹ En dos ollas entrevistamos a referentes barriales (Julieta y Diego)² y, en una tercera, a informantes claves. A su vez en esta tercera olla tengo una participación activa como militante territorial desde abril del 2020.

Cada una de las ollas que participan del CBE de Las Dalías reparten entre cien y trescientas porciones de comida por día. Les vecines que van a buscar la comida se acercan con su *tupper*, hacen fila y se llevan para toda la familia. Tanto la olla de Julieta como la de Diego comenzaron con una “copa de leche”. Sin embargo, en ambos casos cuando advirtieron la gran cantidad de niñes que se acercaron, decidieron repetir esa acción y perpetuarla en el tiempo. Por lo que ninguno de los “nacimientos” de esas ollas fueron necesariamente planificados, sino que ambos lo relatan como una consecuencia de una situación particular. Es decir, la profundización de una vulnerabilidad, de la necesidad de alimento, debido al contexto de la pandemia llevó a la creación de respuestas colectivas. Tal necesidad de les vecines se convirtió en un deber ser para les referentes barriales, logrando una connotación de moralidad sobre la que profundizaremos más adelante.

¹ A partir de ahora las nombraremos como la olla de Julieta, la olla de Diego y la olla de la Casa Grande.

² Los nombres están cambiados para resguardar la identidad de las personas entrevistadas.

Julieta es una mujer de 28 años que nació en la ciudad de San Martín (Gran Buenos Aires, Argentina). Hace aproximadamente seis años llegó a la ciudad de Mar del Plata, siempre vivió en la zona norte de la misma, primero en el barrio El Sosiego donde alquilaban con su marido, y vivían con sus dos hijos (una de cinco y otro de nueve años). Luego el marido tuvo un accidente laboral por lo que se vieron forzadas a dejar la casa y se mudaron a la casa de un amigo en Estación Camet. Finalmente, hace tres años, gracias al seguro de la ART de dicho accidente lograron comprar su casa, donde actualmente funciona el comedor, en el barrio Las Dalias. El mismo funciona todos los martes, desde agosto del 2020. La olla la prepara en su cocina y se reparte en el patio de la casa. Actualmente vive a una cuadra del CAPS Alto Camet (Centro de Atención Primaria de la Salud).

“gua no lo podíamos creer y después de eso yo dije necesito seguir ayudando, necesito seguir haciendo algo que en ese momento era una sensación linda y fea a la vez porque era ver mucha necesidad en el barrio entonces fue bueno yo quiero ir por una olla popular y mi marido me miró como diciendo vos estas loca porque esa fue la reacción y yo no, yo quiero hacer y bueno el charló con los chicos y si y se consiguió todo para menos de un mes.” (Julieta, 28 años)

Hace cinco meses que forma parte del CBE y recibe los alimentos que se reparten en el mismo. Si bien exclama que le resultan de un gran alivio para mantener las ollas, estos alimentos no alcanzan. Situación que se agravó los últimos meses en los que el municipio pasó de repartir de veinte toneladas de alimentos a siete para los 31 CBE. Antes de contar con los alimentos del CBE, Julieta podía mantener la olla gracias a donaciones y comprando con su dinero lo que hiciera falta. Cosa que sigue haciendo, pero en menor medida. Las primeras donaciones vinieron por parte de hinchas del club Alvarado. Tanto Julieta, como su marido y sus hijos tienen una fuerte participación en el club a través de practicar deportes y ver los partidos. A su vez poseen grupos de WhatsApp donde se organizan por diversas iniciativas ligadas a lo social, a las que Julieta nombra como causas solidarias. Es mediante ellos que Julieta consiguió las primeras donaciones para inaugurar la Olla. En su vida el club Alvarado posee un lugar muy importante, en la entrevista nos comentó que ella y su familia “vivían” en el club. Ella hacía boxeo y su hijo fútbol. A los amigos del club son a quienes menciona como “los chicos” en la cita anterior. En cuanto a las donaciones, luego se fueron sumando vecinos que se enteraban de la olla, y clientes de su emprendimiento de pastas.

Por su lado, Diego, de 48 años, vive en Mar del Plata desde el 2004. Hoy en día junto a sus compañeros de organización³ y su esposa sostienen una olla a leña en su casa de lunes a viernes. Su actual esposa antes de que él tuviera cualquier participación en un comedor o merendero, participaba activamente de un comedor en el barrio Las Dalias. En el mismo, en un momento, la organización a la que pertenecía el comedor (la cual no me dijo el nombre), le empezó a pagar por su trabajo con vales para cambiar por mercadería en supermercados de la ciudad. Fue con estos vales que junto a Diego empezaron comprando leche, chocolatada y galletitas para darle a los chicos que jugaban al fútbol con sus hijos en la calle a la vuelta de su casa. Primero fueron siete chicos y se fueron sumando, preguntando si podían ir con sus hermanos o amigos aunque no jueguen al fútbol. Diego expresa que la pandemia los llevó a armar un comedor, empezaron para los niños y después fueron las madres. Para ese momento la organización en la que participa, empezó a abastecer algunos de los alimentos secos⁴ (no perecederos) y con la formación del CBE empezaron a conseguir los alimentos frescos (perecederos).

La olla de Coca (la de La Casa Grande) también nació con la pandemia. Primero se repartieron bolsones de mercadería de lo que llegaba a través del CBE (en ese momento principalmente donaciones de la comunidad universitaria). Luego, un grupo de vecinos propuso cambiar el reparto de bolsones de mercadería por la organización de una olla popular. Esto responde a varios factores, según nos comenta nuestra informante clave que es cocinera de una de las ollas, primero que la mercadería siempre es escasa y en una olla rinde más. Por ejemplo, llegan cuatro paquetes de fideos y se acercan seis familias de dos, tres, cuatro y cinco personas. Cocinando los fideos se pueden repartir en porciones al momento de servir la vianda, y si se repartieran los fideos en paquetes no solo no alcanzaría, sino que ese reparto sería más desigual teniendo en cuenta la igualdad cómo la misma cantidad de comida por integrante de familia o núcleo familiar que busca la olla.

En el caso de estas tres ollas mencionadas, quienes la sostienen son mayoritariamente mujeres. En el caso de la Olla de Diego hay una relación de 11 mujeres y 6 hombres que cocinan diariamente y en las otras dos son todas mujeres, con la excepción de algunos hombres que van esporádicamente. Esto reafirma lo dicho anteriormente sobre cómo los trabajos comunitarios, no remunerados, recaen mayoritariamente en las mujeres. Un ejemplo de esta división del trabajo se vio en la inauguración de la Casa Grande, donde mientras las mujeres cocinaban, los hombres arreglaban el techo, el alambrado y cortaban el pasto. Una situación similar que se da, según lo dicho por las entrevistadas, durante la

³ El nombre de la organización no lo menciono para mantener la intimidad de los entrevistados.

⁴ Concepto nativo para referirse a alimentos no perecederos (secos) y perecederos (frescos)

cocina y elaboración de alimentos en las ollas dado que la participación de los varones se limita a abrir y cargar las garrafas, y arreglar la cañería de las bachas de cocina. Podemos afirmar entonces, la existencia de una división sexual del trabajo que asigna determinadas tareas y responsabilidades a los diferentes miembros que participan en estas redes (Arango Gaviria, 2010). Donde las mujeres poseen una mayor carga de trabajos de cuidado y los varones se concentran en las tareas de construcción o arreglo y mantenimiento de los edificios, es decir, tareas histórica y socialmente construidas como masculinas (Barrère-Maurisson, 1991; Laufer, Marry y Maruani, 2005).

3. Las motivaciones y moralidades detrás de las ollas

“No me quedó ni un cuchillo en casa, lleve todo a la Casa Grande” (Coca, 42 años)

Las tres ollas en las que basamos esta ponencia fueron construidas en la propia vivienda de los vecinos referentes. En el caso de Diego armó una construcción en la parte de atrás de su hogar, la de Julieta funciona en su misma casa y en el de La Casa Grande en una vivienda que estaba vacía de una de las vecinas. Pudimos observar una línea en común que denota un sentido del bienestar comunitario por sobre el privado. En el caso de la Casa Grande, la familia de vecinos referentes de esa olla vaciaron de cubiertos su casa para llevarlos al espacio donde se reparte la olla y se realiza una merienda semanal. Por su lado Julieta utiliza una misma mesa, la única de su casa, para cocinar la olla, trabajar en su emprendimiento de comida, las clases de sus hijos y la comida de toda la familia.

“Primero comemos a las dos de la tarde, porque esperamos que venga la Vale de trabajar y comemos todos juntos. La bancamos porque también ella se está cagando de hambre allá y bueno la aguantamos. También cuando yo salgo de laburar a las 2,3. Tratamos de comer juntos, ese es el punto. Aunque no comemos en una mesa, eso también es otro comemos qué se yo dos sentados en el sillón con una silla adelante, el otro sentado comiendo con el plato y la cuchara en la mano, es así medio viste. O sea, porque la mesa que tenemos en el comedor la metemos los fines de semana cuando no trabajamos. O sea la mesa que tenemos en la casa, está en el comedor comunitario.”
(Diego, 48 años).

Podemos observar cómo Diego y su familia priorizan un bienestar común, el del *comedor*, sobre la comodidad propia al momento de usar la mesa. Quedándose sin mesa para comer de lunes a viernes. Otro aspecto a destacar, es como Diego reconoce como trabajo no remunerado su acción diaria en el comedor. No siempre acostumbramos a que los trabajos comunitarios se nombren como tal. En el caso de Julieta, cuando le preguntamos por sus trabajos se limitó a responder sobre aquellos por los que recibía una retribución económica. Podemos ver como socialmente los hombres están acostumbrados a que sus acciones

sean consideradas “trabajo”. En cambio, cuando de tareas no remuneradas se trata, las mujeres no tanto. Teniendo en cuenta que recién en el último tiempo se empezaron a visibilizar dichas tareas como trabajo.

“capaz es egoísmo, para sentirme bien, a lo mejor lo hago para sentirme bien. Y me siento bien cuando hay alguien que recibe ayuda... pero en definitiva no está mal porque creo que ganamos los dos, por eso vamos a seguir” (Diego, 48 años)

Una de las preguntas que nos planteamos a lo largo de toda esta investigación es: ¿Por qué les referentes barriales hacen lo que hacen? ¿Cuáles son las retribuciones económicas, sociales y políticas de su trabajo? ¿El tiempo dedicado les genera alguna consecuencia? ¿Cuáles son las significaciones morales que respaldan la acción comunitaria? ¿Cuáles son las motivaciones que les mueven? ¿Qué se resigna? ¿Qué se resignifica?

*“le poníamos alcohol en gel (...) les decíamos si no te pones el barbijo no te doy la comida”
(Diego, 48 años)*

Entendemos por trabajo de cuidado aquel que proporciona tanto subsistencia como bienestar y desarrollo físico, emocional, afectivo, etc (Angeles Durán, 2000). La especificidad de este trabajo se basa en lo relacional. Esto se da en un contexto de interdependencia. Esto quiere decir que las tareas de cuidado implican una relación social entre al menos dos personas, la que percibe los cuidados y la que los provee (Batthyány, 2021). Más allá de un discurso dominante que refuerza la idea del “sálvese quien pueda”, las crisis dejan en evidencia que nadie se salva solo. En ese sentido reafirmamos la interdependencia que poseemos los seres humanos al vivir en sociedad. Donde un individuo pueda ser tal, siempre y cuando haya una comunidad que le de soporte y lo contenga (Sanchiz, 2020). Cuando se ejercen cuidados, se siente una responsabilidad por el bienestar de ese otro, lo que significa un trabajo emocional, mental y físico. Y a su vez, suele devenir en un sentimiento de deber, obligación moral, en otras palabras, de una gran responsabilidad (Batthyány, 2021). Gracias a una acción simbólica colectiva este “deber ser” recae sobre las identidades feminizadas a quienes se las asocia como cuidadoras naturales.

“Cuando los veo muy juntos los martes un poco los reto (...) soy re joven pero los reto como si fueran mis hijos, y viene gente que hasta puede ser mi abuela” (Julieta, 28 años)

La diferente forma de aplicar protocolos sanitarios de los referentes nos hace pensar en una relación desigual entre los cuidadores y los receptores del cuidado. Tanto es así que Julieta

realiza prácticas que define como maternas. Según Norma Sanchíz la relación entre una persona dependiente (de cuidados) y una persona “autónoma” inevitablemente implica una relación de poder. Y la única forma de problematizar esa relación de poder, es desde un enfoque que comprenda que todas las personas en algún momento de su ciclo vital son proveedoras de cuidado, y requieren cuidados en distintos niveles de dependencia (Sanchíz, 2020).

En este sentido se tiende a poner el foco en las personas que necesitan de cuidados y no tanto en las problemáticas y el trabajo de quienes lo proveen. Siendo, como dijimos anteriormente, mujeres quienes quedan en un segundo plano (Batthyány, 2021). Es desde este lugar que diversos estudios feministas plantean la necesidad de pensar en los cuidados como un Derecho que el Estado debe garantizar. Esto significa poder acceder a los mismos sin necesidad de poder acceder a una lógica de mercado, ni por disponibilidad de ingresos, ni por presencia de lazos afectivos o redes vinculares. También plantean que esto debe pensarse tanto desde la óptica de quienes precisan cuidados como desde quienes los brindan (Batthyány, 2021).

3. 1-. “¿Cómo se le niega comida a alguien?”⁵

Se da entre las vecinas que se acercan a buscar la comida y quienes la cocinan diversas tensiones. El trato desigual al momento de cuidar mencionado anteriormente es solo una de ellas. Otra es la tensión que se da cuando vecinas se acercan a la olla en búsqueda de mercadería extra (en un sentido más allá de la porción de la vianda). Algunas de las mujeres que cocinan en la Casa Grande nos han expresado grandes sentimientos de angustia al momento de responder negativamente frente a una demanda de comida extra por una cuestión de que los recursos son escasos. También fueron varias las veces que diferentes vecinas llegan llorando, expresando sentir vergüenza al momento de pedir, por ejemplo, un paquete de fideos más que el resto.

La relación entre la persona que percibe cuidado y la que lo provee es una relación desigual. Si la posición de cuidadora se cristaliza constituyendo una responsabilidad ineludible puede llevar a un maltrato de la persona que recibe cuidado (Sanchíz, 2020). Podemos ver una contraparte a esta premisa en el caso de Coca, donde la cristalización de su posición como cuidadora la llevó a sufrir tratos hostiles desde una demanda correspondiente a ese deber cuidar. Coca nos cuenta que terminó peleándose con amigas

⁵ Nota de campo, abril 2021.

por negarse a hacer favoritismos al momento de repartir la mercadería del merendero. A su vez, su hijo le reclama su ausencia en las horas que ella está realizando trabajos de cuidado comunitarios. Diciéndole “acordate que tenes un hijo”. Vemos en esto la tensión entre la visión de cuidadoras natas y las malas madres, cuestión que nos gustaría profundizar en futuros trabajos.

3. 2- El tiempo y la Organización Social del Cuidado como vector de desigualdad

“No sé lo que es tener media hora para mí” (Julieta, 28 años)

Norma Sanchíz en *“El cuidado comunitario en tiempos de pandemia... y más allá”* expresa que el bien más escaso de las mujeres es el tiempo. Los trabajos de cuidado requieren un tiempo que no se puede dedicar a otra cosa. Sin embargo, este tiempo es muy difícil de medir, siendo que no suele tener plazos ni horarios fijos. Lo que dificulta más su visibilización para una valoración social y económica, en otras palabras lo invisible no se paga (Batthyány, 2021). El tiempo presenta una de las dimensiones fundamentales para ver la organización de la vida, y las desigualdades sociales en base a su uso y disposición. Tanto es así que en múltiples ocasiones el trabajo no remunerado se convierte en una traba para acceder a un trabajo remunerado.

4. Unas reflexiones finales

La crisis provocada por el COVID-19 evidenció y profundizó desigualdades preexistentes, dejando a una gran parte de la sociedad en situaciones de extrema vulnerabilidad. En este contexto, se implementaron políticas públicas en coordinación con organizaciones políticas y sociales para apaciguar los efectos de la crisis. La creación de los CBE fue una respuesta política que nucleó a redes comunitarias, creando nuevas. Debido a tradiciones históricas y socialmente arraigadas, el sostén de dichas redes recae mayoritariamente en mujeres. Lo que muchas veces se traduce en una doble o triple jornada laboral. Con trabajos que no solo requieren esfuerzo físico sino también trabajo mental y emocional. En el caso del CBE Las Dalías, los referentes afirman haber llegado a ese lugar por un impulso de un deber ser de ayudar a los otros. Con la base moral de este deber ser, se construye un ideal de cuidador, desde el cual se vinculan las personas que proveen cuidado y las que lo reciben. Este ideal muchas veces choca con las prácticas y genera tensiones cuando, por ejemplo, una mujer referente no cumple con el rol de madre cuidadora que la sociedad le asignó.

Bibliografía

Arango Gaviria, G. (2010). "Género e identidad en el trabajo de cuidado" en: Enrique de la Garza Toledo y Julio César Neffa (coord.), Trabajo, identidad y acción colectiva, México: CLACSO.

Batthyány, K. (2021). Políticas del cuidado. Universidad Autónoma Metropolitana. Ciudad.

Barrère-Maurisson, M. (1991). La división familiar de trabajo. La vida doble. Buenos Aires: Trabajo y Sociedad.

Benería, L. (1999). El debate inconcluso sobre el trabajo no remunerado. *Revista Internacional del Trabajo*, 118(3), 321-346.

Benería, L. (2004). «Trabajo productivo/reproductivo, pobreza y políticas de conciliación». *Revista Nómadas*.

Borderías, C. y Carrasco, C. (1994). «Las mujeres y el trabajo: aproximaciones históricas, sociológicas y económicas». En *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*, de Cristina Borderías, Cristina Carrasco, y Carmen Alemany. Madrid: Economía Crítica

Carrasco Bergoa, C. (2013). El cuidado como eje vertebrador de una nueva economía. *Cuadernos de relaciones laborales*, Vol, 31, núm. 1.

Carrasquer, P., Teresa T. Tejero, E. y Romero, A. (1998). «El trabajo reproductivo». *Papers*

Daga, D.; Zulaica, L. y Vazquez, P. (2015). Evaluación de la vulnerabilidad socio-ambiental del periurbano de Mar del Plata. *Estudios Socioterritoriales*, (18): 45-59.

Durán, María Ángeles (2000). Uso del tiempo y trabajo no remunerado. Referencias 106 remunerado. *Revista de Ciencias Sociales*. Número monográfico: Desigualdades sociales de género. Montevideo: fcu.

Hochschild, A. (1989)- *The second shift: Working parents and the revolution at home*. Nueva York: Viking.

Laufer, J., Marry, C. y Maruani, M. (2005). *El trabajo del género. Las ciencias sociales ante el reto de las diferencias de sexo*. Valencia: Germania,.

Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Argentina (octubre 2020) Impacto territorial de las políticas de articulación local implementadas en el contexto del COVID19 en barrios populares del Partido de General Pueyrredón: capacidad de respuesta a las necesidades emergentes y propuestas para su fortalecimiento. Primer Informe. Recuperado de: <http://humadoc.mdp.edu.ar:8080/xmlui/handle/123456789/895>

Paura, V. y Zibecchi, C. (2014). "Mujeres, ámbito comunitario y cuidado: Consideraciones para el estudio de relaciones en transformación" en *Revista La Aljaba*. Segunda Época, Nº XVIII, año 2014 (115-137)

Pautassi L. y Carla Zibecchi (coords.) (2013). *Las fronteras del cuidado. Agenda, derechos e infraestructura*, Biblos: Buenos Aires.

Paz Landeira, F. y Gaitán, A. (2020). COVID-19 y sostenibilidad de la vida: repensar las prácticas estatales desde la precariedad; Universidade de São Paulo. Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas. Departamento de Antropología; Cadernos de Campo; 29; Supl; 8; 144-152.

Pérez Orozco, Amaia (2009). Miradas globales a la organización social de los cuidados en tiempos de crisis I: ¿qué está ocurriendo? instraw, Documento de trabajo 5, Serie Género, Migración y Desarrollo 5

Rodríguez Enríquez, C. (2015). Economía feminista y economía del cuidado. *Nueva Sociedad*, núm. 256, 30-44.

Corina Rodríguez Enríquez y Gabriela Marzonetto, "Organización social del cuidado y desigualdad: el déficit de políticas públicas de cuidado en Argentina", *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*, Año 4, No. 8, 2015.

Sanchís, N. (2020). El cuidado comunitario en tiempos de pandemia... y más allá. Asociación Lola Mora, Red de Género y Comercio. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. 2020

Wainerman, C. (2005). *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires: Lumiere.

Wilches Chaux, G. (1993). La Vulnerabilidad Global. En: Maskrey, A. (comp.) *Los desastres no son naturales*. Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina. Bogotá.

Zibecchi, C. (2014). Trayectorias de mujeres y trabajo de cuidado en el ámbito comunitario: algunas claves para su estudio, en *Revista de Estudios de Género. La ventana*, vol. V, núm. 39. Universidad de Guadalajara, México.